

NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS ¿Una guerra evitable? 7

ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO Hacia el abismo 21

ENTREVISTA

TONY WOOD La matriz de la guerra 47

LOIČ WACQUANT Conceptualizar la «raza» 75

EVGENY MOROZOV Crítica al tecnofeudalismo 99

CAITLÍN DOHERTY Dos izquierdas atlánticas 141

NAOMI VOGT Los escalofríos del montaje de
Arthur Jafa 179

ANAHID NERSESSIAN ¿Por amor a la belleza? 199

CRÍTICA

HITO STEYERL Arte y guerra 219

WILLIAM HARRIS Más allá de Arusha 225

JOY NEUMEYER Rusia en cifras 239

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



SUSAN WATKINS

Editorial

¿UNA GUERRA EVITABLE?

EL BOMBARDEO IMPLACABLE de las ciudades, los cuerpos sin enterrar en las calles, los refugiados aterrorizados, las atrocidades, la angustia desatada, las ruinas ennegrecidas y humeantes, mientras Naciones Unidas informa de que en Ucrania se han producido hasta el momento casi dos mil muertes verificadas de civiles, cifra que seguramente se multiplicará al menos por diez. Los horrores de la invasión rusa han dominado las noticias durante semanas, por un lado, galvanizando una oleada de solidaridad internacional contraria a la guerra y desplegada para detener y revertir el avance mortífero de Moscú y, por otro, partidaria de intensificar la escalada militar, que aboga en este caso por que el flujo enviado al frente de misiles Javeline (antitanque) y Stinger (tierra-aire), así como de drones, se convierta en un torrente de remesas de bombarderos y aviones de combate, cuyo objetivo último es que las fuerzas aéreas estadounidenses bombardeen los aeródromos rusos e impongan una zona de exclusión aérea sobre el cielo ucraniano. Twitter se llena de banderas azules y amarillas. Fluyen cientos de millones de dólares enviados en concepto de donaciones para ayudar a los refugiados ucranianos, mientras interminables columnas de camiones se dirigen hacia el este con municiones frescas.

Merece la pena detenerse a este respecto para levantar acta de la proporcionalidad de la escala y la respuesta. Mientras las fuerzas rusas bombardean las ciudades ucranianas, el ejército etíope bombardea la región de Tigray, sometida a bloqueo militar durante más de un año, desprovista de electricidad, alimentos y suministros médicos, todo lo cual ha provocado entre 50.000 y 100.000 muertes directas causadas por

los combates a las que hay que añadir otras 150.000-200.000 por inacción. Igualmente, en Yemen, los niños mueren de cólera en ciudades reducidas a ruinas tras siete años de operaciones aéreas y bombardeos prácticamente ininterrumpidos realizados por la coalición formada por Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, que cuenta con el respaldo de Estados Unidos y el Reino Unido. Las víctimas se estiman en torno a las 260.000 computando las muertes directas e indirectas. Resulta ocioso poner de relieve que las respuestas del mundo han sido inversamente proporcionales al número de víctimas mortales de cada uno de estos conflictos bélicos. Yemen es objeto de angustiosos informes de Naciones Unidas o merece un titular casual sobre un corto alto el fuego en las páginas interiores de los periódicos; Tigray y sus regiones circundantes se hallan envueltas en la más absoluta oscuridad.

Si la invasión rusa se antoja de mayores dimensiones en las mentes occidentales, es entre otras cosas por la escala de la cobertura mediática. Durante el primer mes de guerra en Ucrania, los mayores medios de comunicación estadounidenses han dedicado 562 minutos de emisión al conflicto, lo cual supone más de un tercio del tiempo dedicado a la cobertura de las noticias, en comparación con los 306 minutos dedicados en el mismo lapso de tiempo a la primera invasión estadounidense de Afganistán, los 414 dedicados a la invasión anglo-estadounidense de Iraq y los 345 dedicados a la salida estadounidense de Kabul en agosto de 2021¹. La densidad de la cobertura se ha combinado con la empatía del punto de vista. En esta ocasión, no se trata de una guerra de la OTAN, sino, metonímicamente hablando, una guerra rusa contra la misma. Por primera vez desde la década de 1990, los medios occidentales se han puesto del lado de las víctimas y se han constituido en sus protectores, mientras ofrecen una plataforma global a Zelensky como su líder, elocuente emblema de la resistencia ucraniana. Son pocos en Occidente capaces de conjurar la imagen, grabada en la memoria local, de la boda afgana convertida en una carnicería por las bombas estadounidenses o la imagen de las macabras represalias llevadas a cabo por las tropas anglo-estadounidenses en su asedio y rendición de Faluya. Los cuerpos tendidos sobre las calles de Bucha permanecen impresos sobre la pantalla.

Una única narrativa, implícita en los boletines de noticias y explícita en los editoriales, impulsa la cobertura mediática. Se trata de un ataque ruso

¹ Jim Lobe, «Networks Covered the War in Ukraine More Than the us Invasion of Iraq», *Responsible Statecraft*, 8 de abril de 2022.

no provocado en el que, contrariamente a las declaraciones de Putin, la ampliación hacia el este de la OTAN no juega papel alguno. Para *The New York Times* se trata de «una invasión no provocada», para el *Financial Times*, «un caso de pura agresión carente de provocación», para *The Guardian*, de «un asalto no provocado». «El presidente ruso ha lanzado un asalto sin más provocación contra su vecino», concuerda *The Economist*. «Putin ha llegado a creer que la OTAN amenaza a Rusia y a su pueblo [...] mostrándose obsesionado con la alianza defensiva en su flanco occidental»².

Sostener el argumento de que el expansionismo de la OTAN no ha desempeñado papel alguno en la crisis ha exigido determinadas contorsiones casuísticas por parte de la prensa seria. «Analistas e historiadores debatirán durante mucho tiempo si los agravios de Putin tenían algún fundamento fáctico, si Estados Unidos y sus aliados fueron demasiado arrogantes al expandir al OTAN, o si Rusia tenía razón en creer que su seguridad se hallaba comprometida. Apasionados debates disputarán si Biden y el resto de líderes occidentales podrían haber hecho más para apaciguar a Putin», admitía *The New York Times*. «La razonabilidad de la expansión de la OTAN hacia el este tras la conclusión de la Guerra Fría será objeto de debate durante los próximos años», concordaba el *Financial Times*, mientras insistía en que, contrariamente a lo afirmado por el Kremlin, Occidente jamás había dado garantías de que esto no sucedería; reafirmaba que esa expansión respondía en todo caso a peticiones de ingreso efectuadas por los antiguos países del Pacto de Varsovia; y reiteraba que, en cualquier caso, a pesar del hecho de que la OTAN había anunciado la inminente incorporación de Ucrania en 2008, no existía ningún plan concreto para que se uniera a la misma, aunque las potencias occidentales habían animado al país para que procediera a «integrarse más estrechamente con sus instituciones»³.

En este punto una segunda línea de razonamiento se entremezcla con la primera. De acuerdo con el consagrado principio de autodeterminación nacional soberana, Ucrania tiene todo el derecho a optar por unirse a la OTAN, encontrando su lugar en el seno de la alianza defensiva de las

² Editorial Board, «No Justification for a Brazen Invasion», *The New York Times*, 23 de febrero de 2022; Editorial Board, «Putin Opens a Dark New Chapter in Europe», *Financial Times*, 24 de febrero de 2022; «The Guardian View on Putin's War in Ukraine: A Bleak New Beginning», *The Guardian*, 24 de febrero de 2022; «History Will Judge Putin Harshly for His War», *The Economist*, 26 de febrero de 2022.

³ *The New York Times*, «No Justification for a Brazen Invasion», cit.; *Financial Times*, «Putin Opens a Dark New Chapter», cit.

democracias liberales. El hecho de que Putin no se muestre de acuerdo con ello demuestra meramente su odio autocrático por la democracia. Las opiniones divergen sobre la política decidida por Biden de mantenerse al margen de la guerra, mientras opta por armar a Ucrania y presionar a la Unión Europea para que se una a las sanciones punitivas contra Rusia. Si bien nadie ha ido tan lejos como *The New York Times*, que ha aclamado a Biden como «el rostro resolutivo de la primera democracia y la nación más poderosa del mundo», que está manejando la crisis «con dureza, paciencia, resolución y dignidad», ningún otro gran medio de comunicación occidental está presionando por el inmediato alto el fuego y el logro de un acuerdo negociado⁴. La única cuestión sobre la mesa es el grado que debe alcanzar la intensificación del conflicto.

Este número doble de la *New Left Review* ofrece una serie de perspectivas críticas sobre las dinámicas de la guerra y sus posibles resultados. El sociólogo y politólogo Volodymyr Ishchenko proporciona, al hilo de la cartografía de los catastróficos efectos de la invasión rusa, un detallado análisis de las fuerzas que concurrieron en el levantamiento ucraniano de 2014: una alianza de liberales prooccidentales y nacionalistas rusó-fobos, oligarcas políticos y fuerzas de seguridad reconstruidas, que contribuyeron a descarrilar los Acuerdos de Minsk e introdujeron la adhesión a la OTAN en la constitución ucraniana. Tony Wood entreteje estos cursos de acción en un fino análisis tripartito de las fuerzas en juego: la aserción de Rusia de su esfera de influencia, la expansión de la Unión Europea y de la OTAN en Europa del Este y la evolución política de Ucrania objeto de presión y tensión entre ambos polos⁵. Esta contribución aborda las afirmaciones efectuadas por la narrativa dominante de que Estados Unidos no ha desempeñado papel alguno en el desencadenamiento de la guerra y de que la OTAN es una alianza puramente defensiva, así como la pretensión de que adherirse a ella es una cuestión ligada a la autodeterminación nacional ucraniana.

Armados para la victoria

El bandazo hacia la guerra de Putin, desastroso para Rusia así como para Ucrania, es injustificable, pero no carente de provocación. La expansión de la OTAN ha constituido una operación agresiva y Moscú siempre ha

⁴ *The New York Times*, «No Justification for a Brazen Invasion», cit.

⁵ Volodymyr Ishchenko, «Entrevista: hacia el abismo», *NLR* 133/134, marzo-junio de 2022; Tony Wood, «Matriz de guerra», *NLR* 133/134, marzo-junio de 2022.

estado incluido en sus planes de ataque. El llamamiento del Kremlin en pro de la consecución de un acuerdo estable sobre las fronteras militares tiene buenas razones de su lado. Desde su fundación en 1949, la OTAN ha sido siempre una alianza ofensiva, no una empresa defensiva, cuyo objetivo último en opinión estadounidense era la restauración de un capitalismo normalizado en el bloque soviético.

Tras la Segunda Guerra Mundial, si los dos colosos se hubieran enfrentado entre sí, como señaló Isaac Deutscher, Estados Unidos hubiera emergido fortalecido de ese hipotético conflicto global «con toda su fuerza y vigor» en un momento en que la Unión Soviética se hallaba prácticamente postrada, agotada económicamente, cargada con más de veinte millones de muertos y afrontando la rápida desmovilización de su ejército, que pasó de los once a los tres millones de efectivos para luego ser movilizadado de nuevo, entre enormes dificultades, en 1949. Las primeras iniciativas de rearme vinieron de Occidente, al igual que lo hicieron las purgas iniciales de los diputados comunistas electos presentes en los gobiernos de posguerra de Italia y Francia; Stalin se limitó a seguir su ejemplo cuando expulsó a los miembros anticomunistas de los gobiernos de coalición existentes en los países del Este de Europa e instituyó el modelo de partido único⁶. La OTAN fue siempre, sin embargo, un proyecto político y hegemónico, así como una alianza militar. Mientras Alemania Occidental, el principal trofeo obtenido por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, yacía indefensa y desarmada, Gran Bretaña y Francia, enfrentadas a la pérdida de sus imperios, concluían sus propias alianzas de seguridad mediante los Tratados de Dunquerque y Bruselas. Este fue el contexto en el que Washington decidió intervenir para que el Tratado del Atlántico Norte se convirtiera en una «Organización», esto es, en una estructura militar multinacional

⁶ Isaac Deutscher, «Myths of the Cold War», en David Horowitz (ed.), *Containment and Revolution: Western Policy towards Social Revolution, 1917 to Vietnam*, Londres, 1967, pp. 13-25. La guerra caliente contra el comunismo ya había comenzado en Grecia, donde Churchill y Truman habían comenzado en 1945 a masacrar a los partisanos antinazis del EAM-ELAS, mientras la campaña política para remover a los diputados comunistas electos de los gobiernos de posguerra de Italia y Francia se completaba en 1947. Únicamente después de estos hechos Stalin expulsó a los ministros anticomunistas presentes en los gobiernos de coalición de Europa oriental –a menudo descrito como un movimiento agresivo respecto al cual la OTAN constituyó la respuesta defensiva– e instituyó Estados policiales de partido único, ejecutando a los socialistas más dotados de juicio e independencia en espectáculos como el juicio de Rudolf Slánský, lo cual puso punto final a las esperanzas bolcheviques de que las sociedades socialistas europeas pudieran desarrollarse en un plano superior respecto al de la retrasada Rusia.

que armaría a Europa Occidental contra el comunismo y, al mismo tiempo, quedaría bajo el mando supremo estadounidense. Los ejércitos de los Estados miembros no incrementaron sustancialmente el poder militar estadounidense, pero sus territorios ofrecieron emplazamientos destacados 6.400 kilómetros más al este para las aeronaves y los misiles estadounidenses, mientras que los sistemas de mando y control de la OTAN permitían penetrar profundamente en sus estructuras militares. Las izquierdas europeas se opusieron a esta remilitarización desde el principio. La Suecia socialdemócrata rechazó contundentemente la oferta de adhesión. La izquierda española luchó duramente contra la permanencia de España en la OTAN, auspiciada por el PSOE, defendiendo la no adhesión a la misma en el referéndum celebrado en 1986. A principios de la década de 1980 surgió un movimiento de movimientos paneuropeo contra la instalación de misiles Cruise y Pershing en Europa, a iniciativa de Reagan, en el sprint final de la carrera armamentística de la Guerra Fría, que aceleró la caída de la Unión Soviética.

Si, como se afirma habitualmente, la OTAN ganó la Guerra Fría sin disparar una sola bala, esto demuestra la plétora de instrumentos militares, políticos y económicos a disposición de Estados Unidos tanto durante la misma como en la actualidad en vez de la naturaleza pacífica de la Alianza. La Guerra Fría fue combatida por el lado estadounidense mediante el apoyo sostenido al capital europeo-occidental, las operaciones encubiertas, las ofensivas ideológicas y una feroz carrera armamentística, así como mediante las guerras por delegación y en primera persona libradas en el Tercer Mundo, el apoyo político y militar prestado a diversas dictaduras para aplastar a las fuerzas locales de la izquierda y el brillante golpe diplomático de la política nixoniana respecto a China⁷. Aunque la OTAN estaba preparada para librar una guerra caliente en Europa, nunca tuvo que someterse a tal prueba.

Tras la Guerra Fría el impulso político y hegemónico de la OTAN se hizo evidente; la consideración de Moscú como su objetivo devino más residual. En principio, la liberalización de Rusia debería haberla homologado para su inclusión en el «hogar común europeo», pero la potencia rusa no era un Estado-nación convencional⁸. El país más extenso del mundo,

⁷ La estrategia nuclear de la OTAN conocida como «represalia masiva» contemplaba de hecho intervenciones anticipativas y preventivas: Richard Betts, *American Force: Dangers, Delusions, and Dilemmas in National Security*, Nueva York, 2012, p. 43.

⁸ Perry Anderson, «Rusia incomensurable», *NLR*, 94, septiembre-octubre de 2015, pp. 47-48.

dotado con una población que es el doble de la alemana, empujaba al resto de países de la Unión Europea, mientras que su capacidad nuclear sobrepasaba ampliamente la detentada por Francia y Gran Bretaña. Por otro lado, la perspectiva de una Europa unida y soberana implicaba el riesgo de la marginación de Washington. Tras el colapso del comunismo, la amenaza desde el este que había justificado el poder estadounidense sobre el continente europeo desapareció, mientras emergía la posibilidad de que Europa Occidental tejiese relaciones independientes con su mitad oriental, así como la opción de que Alemania, de nuevo poderosa, reordenase la región de acuerdo con sus propios designios, como Kohl comenzaría a hacer inmediatamente en Yugoslavia.

¿Autodeterminación soberana?

El mantenimiento de la hegemonía estratégica estadounidense sobre Berlín explica en parte la expansión de la OTAN desde 1990 por parte de Washington, que incorporó primero a la República Democrática Alemana y después a los Estados del grupo de Visegrado (Eslovaquia, República Checa, Polonia y Hungría), a los Estados balcánicos y a los países bálticos. Para Estados Unidos dominar y dirigir Europa todavía significaba dividirla contra Rusia, tarea en la que encontró entre los antiguos miembros subyugados por el Pacto de Varsovia sus más entusiastas reclutas. Bruselas también admitiría a estos países en la Unión Europea, pero ello no solo suponía un proceso más lento y más caro, sino que, crucialmente, no incluía a Estados Unidos. La OTAN era un vehículo para extender el poder estadounidense en Europa mediante la creación de un corredor de potencias atlantistas entre Alemania y Rusia. La ampliación la OTAN fue barata y fácil, una vez que los países del COMECON solicitaron su admisión en la misma, y Clinton y Bush pudieron dar por descartado el compromiso inherente al Artículo Cinco del Tratado del Atlántico Norte de defender a los nuevos miembros en caso de agresión, dado el *écrasement* de la Rusia postsoviética.

Aquí comenzó el mito de la OTAN como un club político de democracias, al que un país como Ucrania podría libremente optar por adherirse en virtud del principio de autodeterminación. Ello era en varios aspectos, sin embargo, puro pensamiento fantasioso. Los pilares sudorientales de larga data de la OTAN, Grecia y Turquía, siguieron en pie bajo feroces dictaduras militares y en el caso de Ankara a pesar de su erradicación de la voluntad democrática en Chipre. En segundo lugar, la adhesión a

la OTAN significa precisamente rendir la autodeterminación a un poder militar externo, razón por la cual De Gaulle retiró a Francia de su estructura militar. Puede ser razonable para los países pequeños, que son conscientes de su naturaleza de presa, entregar su soberanía a una gran potencia a cambio de protección: los débiles hacen lo que deben. Pero quienes proponen esta solución para Ucrania han de ser francos sobre lo que ello implica: no el ejercicio del derecho de autodeterminación soberana, sino su abrogación y la aceptación de que el territorio ucraniano se convierta en una línea del frente militarizada contra su gigantesco vecino. Finalmente, la era de la expansión gratuita de la OTAN había llegado a su fin. Con independencia de cuál sea el resultado de la guerra de 2022 para Ucrania, su coste no podrá ser ignorado.

Tampoco la OTAN fue en ningún momento un proyecto meramente político. A medida que se expandía en el mundo unipolar, su objetivo fue redefinido como el de un pelotón militar al servicio del *sheriff* global, que combatía guerras calientes en Yugoslavia, Afganistán y Libia con municiones, logística y estructuras de mando de mayor calidad. Ni la enorme huella inmobiliaria de la OTAN –su componente «dignificado», el edificio de vidrio que se desparrama en las afueras de Bruselas, su cuartel general «eficiente» situado en Norfolk (Virginia) y las aproximadamente cuarenta grandes bases de las que dispone–, ni los políticos europeos de tercera categoría (Stoltenberg, etcétera) que sirven como testafierros de su efervescente burocracia, ni la pompa del Comando Supremo Aliado Europeo de Estados Unidos, deberían ser hipostasiados. La OTAN sigue siendo uno de los muchos instrumentos estadounidenses, y no el más rápido ni el más flexible, que sirve como cobertura multilateral para determinado tipo de operaciones de Estados Unidos, pero del cual se ha prescindido en otras como sucedió en la invasión de Iraq.

Moscú, sin embargo, siguió siendo durante el periodo postsoviético un constante objetivo de la OTAN. La gran estrategia del Kremlin consistía en ofrecer a Washington una ayuda significativa, si no constante –logística para la ocupación de Afganistán, presión sobre Irán para que renunciase a sus armas nucleares, colaboración con Israel para mantener a los islamistas sirios fuera del poder– esperando a cambio el debido respeto como gran potencia a la que se permitía desplegar su propia versión del tipo de sensibilidad regional que Estados Unidos ha desplegado históricamente en el Caribe. Pero como los analistas atlantistas se apresuraron a poner de relieve, esta postura de Rusia no constituía únicamente una

sobreestimación presuntuosa de su posición en el mundo, sino también una concepción periclitada del orden interestatal. El principio de la «comunidad internacional» absolutamente evidente en vigor desde 1991 era el liderazgo de una única superpotencia, no una colección de potencias iguales. Tener algo que decir respecto a dónde debía detenerse el avance de la OTAN equivalía a intentar dar ordenes a Washington. De ahí las displicentes respuestas dadas a Putin en la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2007 y en la Cumbre de la OTAN celebrada en Bucarest en 2008, cumbre en la que, ingenuamente, Rusia ofreció medios de transporte para lo que se convertiría en el incremento de efectivos en Afganistán decidido por Obama, y durante la cual Ucrania y Georgia fueron admitidos como países candidatos para adherirse a la Alianza⁹.

La respuesta del Kremlin a estas humillaciones produjo un agregado cada vez más inestable compuesto de soberanía defensiva racionalista, argumentos para demandar mayores poderes y expansionismo tiránico amenazante para los más débiles, todo ello expresivo de lo que Lenin denunció como el gran chovinismo ruso¹⁰. Este planteamiento

⁹ El periódico ruso *Kommersant*, en su edición del 7 de abril de 2008, publicó un informe interno de la Cumbre de Bucarest, que especulaba sobre los vínculos existentes entre la asistencia prestada por Moscú para transportar los fletes de la OTAN a Afganistán y los Planes de Acción para la Adhesión de Georgia y Ucrania a la misma.

¹⁰ El análisis de Lenin de los sentimientos nacionales dotados de conciencia de clase sigue siendo el mejor antídoto para los chovinismos grandes y pequeños. «¿Se trata de un sentido del orgullo nacional ajeno a nosotros?» se preguntaba respecto de los socialistas revolucionarios rusos en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial. «¡Ciertamente no! Amamos nuestra lengua y nuestro país y estamos haciendo los esfuerzos más descomunales para elevar a sus masas trabajadoras (es decir, al 90 por 100 de su población) a la conciencia democrática y socialista. Para nosotros es absolutamente doloroso ver y sentir las atrocidades, la opresión y la humillación que nuestro querido país sufre en las manos de los carniceros del zar, los nobles y los capitalistas [...]. Estamos imbuidos de un sentido de orgullo nacional y por esa misma razón odiamos *particularmente* nuestro pasado servil (cuando la nobleza terrateniente condujo a los campesinos a la guerra para abortar la libertad de Hungría, Polonia, Persia y China) y nuestro presente servil, cuando estos mismos propietarios terratenientes, ayudados por los capitalistas, nos están lanzando a la guerra para aniquilar Polonia y Ucrania, para aplastar el movimiento democrático en Persia y China y para fortalecer a la banda de los Romanovs, los Bobrinskys y los Purishkeviches, que son una desgracia para nuestra dignidad nacional granrusa. Nadie puede ser culpado por haber nacido esclavo; pero un esclavo que no solo refrena su anhelo de libertad, sino que también justifica la esclavitud (por ejemplo, considera el aplastamiento de Polonia y Ucrania, etcétera, como la «defensa de la patria» de los granruses), este esclavo es un rastrero y un cerril, que merece ser objeto de un legítimo sentimiento de indignación, desprecio y asco», V. I. Lenin, «On the National Pride of the Great Russians», *Sotsial-Demokrat*, núm. 35, 12 de

se había expresado con toda su fuerza en la subyugación de Chechenia por parte de Putin, cuando accedió a la presidencia en 2000¹¹. En 2008, un masivo despliegue de poder militar para defender los micro Estados situados en la frontera de Georgia contra las incursiones de Saakashvili dejó Tiflis temblando.

Esta combinación volátil de posturas defensivas y agresivas recorre los escritos políticos de Putin, que contienen una siniestra mezcla de intentos convencionales de llegar a un acuerdo con Estados Unidos y de proceder al hostigamiento neozarista de los pequeños Estados. La bravuconería –en Chechenia sus generales desplegaron soldados *kontraktniki* reclutados en las prisiones rusas– es reminiscente del medio de San Petersburgo en el que Putin creció, mientras que el motivo expansionista ha sido históricamente una característica constitutiva del Estado ruso¹². Pero los frankensteins que fueron conjurados con el referéndum fraudulento de 1993, convocado para aprobar la implantación de una constitución hiperpresidencialista en el corazón de la Rusia postsoviética, y que supervisaron la implementación de la terapia de choque y de las privatizaciones brutales que los mantuvieron con vida, fueron alabados por el Departamento de Estado de Clinton, el Departamento del Tesoro de Rubin y Harvard Square.

Las calles de Kiev

El catalizador de la crisis actual fue el levantamiento del Maidan acaecido en Ucrania en 2014. La caída de Yanukovich, tras el fuego de francotiradores contra manifestantes pacíficos¹³, galvanizó el levantamiento contra

diciembre de 2014, en *Collected Works*, Moscú, 1974 vol. 21, pp. 102-103, <https://bit.ly/3EjwEW9>; ed. cast.: *Obras completas*, Moscú, 1981-1989, vol. 26, pp. 109-113, <https://bit.ly/3M9ilk9>.

¹¹ Véase el incisivo análisis de Tony Wood en «En defensa de Chechenia», *NLR* 30, enero-febrero de 2004, escrito en un momento en el que muchos de los que ahora claman por la sangre derramada por Putin miraron circunspectamente hacia otro lado o meramente expresaron su contrariedad; Clinton de hecho celebró «la liberación de Grozni», mientras Blair enfiló rumbo a Moscú para felicitar a Putin por su victoria electoral.

¹² Georgi Derlugian, «Reconsiderar Rusia», *NLR* 12, enero-febrero de 2001, y «Una pequeña guerra mundial», *NLR* 128, mayo-junio de 2021.

¹³ La creencia general ha sido que las fuerzas de seguridad de Yanukovich abrieron fuego sobre los manifestantes, aunque las concentraciones estaban comenzando a amainar. Sin embargo, lo que hasta la fecha parece ser el único examen extenso efectuado a partir del testimonio de testigos, filmaciones de vídeo, exámenes forenses y evidencia balística sugiere que los disparos de los francotiradores del 20 de

él y garantizó la presencia en Kiev de funcionarios del Departamento de Estado estadounidense, que participaron activamente en la elección de los miembros del nuevo gobierno. La reacción de Putin fue la anexión de Crimea. No se trataba de una Chechenia *redux*. La ausencia de derramamiento de sangre y el apoyo probablemente mayoritario de la población hicieron de la misma un caso netamente diferente de las anexiones, notorias por su violencia, de Timor Oriental, el Norte de Chipre, el Sahara Occidental y Jerusalén Este, todas ellas condonadas sin vacilación por la «comunidad internacional». Para Obama, sin embargo, la pérdida de Crimea constituyó un duro golpe asestado a la autoridad del régimen instalado en Kiev y por ende a la voluntad de Occidente. Se impusieron sanciones sobre los asociados de Putin y sobre las empresas rusas, que costaron al país en torno a los 170 millardos de dólares a mediados de 2016 y a los que se añadieron otros 400 millardos provocados por la drástica caída de los precios del petróleo y del gas registradas después de 2014, la cual se imputó en ocasiones a la estrategia de Washington implementada con la ayuda de Riad.

Tras la anexión de Crimea, el fomento por parte de Moscú de las «repúblicas» independentistas del Donbas y la entrega encubierta de armamento a las mismas fue, desde el principio, otra cuestión, que condujo a una sangrienta guerra civil librada en suelo ucraniano. En términos militares, la situación sería más que compensada por el programa de entrenamiento militar y consignación de armamento organizados por Estados Unidos. En 2016 Obama redobló la ayuda militar estadounidense y nombró a John Abizaid, comandante general en Iraq durante los primeros años de ocupación, como asesor principal del ministro de la Defensa ucraniano en el marco de un acuerdo de colaboración quinquenal. El director ejecutivo de Abizaid, un veterano de las operaciones de las fuerzas especiales en Kosovo, Afganistán e Iraq, ha descrito la remodelación del «decrépito» ejército ucraniano efectuada por Estados Unidos como la reestructuración necesaria para convertirlo en un ejército profesionalizado occidental, dotado de sus correspondientes sistemas de control, planificación operativa e infraestructuras de inteligencia artificial y logística, además de una capacidad antiaérea significativa, todo ello de factura

febrero de 2014 provinieron de edificios controlados por la extrema derecha. Véanse Ivan Katchanovski, «The Maidan Massacre in Ukraine: Revelations from Trials and Investigation», ponencia presentada al International Council for Central and East European Studies, Concordia University, Montreal, agosto de 2021; y «The Hidden Origin of the Escalating Ukraine-Russia Conflict», *Canadian Dimension*, 22 de enero de 2022, cuyas conclusiones todavía no han sido desmentidas.

estadounidense. Expresado en las palabras llenas de regocijo de Stephen Kotkin en el *Times Literary Supplement*, Ucrania podría no estar en la OTAN pero la OTAN estaba en Ucrania¹⁴.

Desde 2013, cada iniciativa tomada por Rusia en el frente ucraniano ha sido mimetizada por la combinación del radicalizado bloque dominante de Kiev –una amalgama de liberales prooccidentales y nacionalistas radicales, ambos propulsando el país en la misma dirección, que Ishchenko describe a continuación– y el creciente flujo de dinero, armas y entrenamiento militar estadounidenses. Los Acuerdos de Paz de Minsk de 2015, que representaban un avance de Rusia en el Donbas, pero también una posible salida de la militarización, fueron desbaratados por la «escalada» de Obama. Ni Obama ni Trump tenían interés alguno en los Acuerdos; ausente la voluntad estadounidense, Francia y Alemania no lograron llevarlos a buen puerto. La ostentosa movilización de Putin en la frontera ucraniana desde noviembre de 2021 fue despreciada por Biden, que podría sin duda alguna haber impedido la invasión, si hubiera estado dispuesto a negociar un acuerdo serio sobre las fronteras militares. De acuerdo con los últimos informes de los servicios de inteligencia estadounidenses, Putin solo tomó la decisión final sobre la invasión a principios de febrero, apostando por una «pequeña guerra victoriosa», como calificó un ministro de Nicolás II a la debacle ruso-japonesa de 1904, seis semanas después de que Blinken hubiera metafóricamente roto los borradores de las negociaciones¹⁵.

El resultado ha sido un explosivo bandazo en pos de un aventurismo vengativo, cuyos objetivos de guerra son una sátira de las justificaciones de Washington en Kosovo y de las de Bush-Blair en Iraq: detener el genocidio, desmilitarizar el país y salvar a la población del despotismo mediante el cambio de régimen. La catastróficamente mal evaluada invasión rusa ha generalizado una pésima lógica de mimesis recíproca. Moscú ha conseguido unir a Ucrania en virtud de un principio nacionalista prooccidental y fortalecer la presa de Washington sobre Berlín. Fukuyama ve ahora una nueva luz en el horizonte liberal de la historia mundial en la medida en que el cambio de régimen en Moscú se halla a la vista.

¹⁴ Stephen Kotkin, «Freedom at Stake: How Did Russia and the West Fall Out?», *Times Literary Supplement* 11 de marzo de 2022. Véase también la entrevista con el Col. Liam Collins, Radio Free Europe/Radio Liberty, 23 de marzo de 2022; «Who Are you, General John Abizaid?», *Ukrinform*, 14 de septiembre de 2016.

¹⁵ James Risen, «US Intelligence Says Putin Made a Last-Minute Decision to Invade Ukraine», *The Intercept*, 11 de marzo de 2022.

La guerra por delegación de Estados Unidos

En Ucrania el antiguo director de la CIA de Obama ha explicado candorosamente que Estados Unidos está librando un guerra por delegación con Rusia¹⁶. En tal conflicto, los objetivos de guerra de la gran potencia y los de su delegado combatiente pueden no coincidir. Para los dirigentes ucranianos, el objetivo radica en expandir la guerra con el fin de concluirla lo más rápido posible gracias a la imposición por Estados Unidos o la OTAN de una zona de exclusión aérea, que ponga fuera de combate los aviones y las defensas aéreas rusas para aminorar la presión sobre los combatientes y los ciudadanos ucranianos. En estos momentos, el armamento de la OTAN y el coraje popular ya han alterado el curso de la guerra en favor de Kiev al precio de una enorme devastación y del incremento de la tasa de bajas ucranianas.

Para el gobierno de Biden, por otro lado, la lógica estratégica podría ser mantener a los rusos empeñados en el conflicto el mayor tiempo posible o al menos hasta que Putin sea apeado del Kremlin. Putin ha caído en una estúpida trampa para osos y por el momento corresponde a los estadounidenses mantenerlo ahí. Los corajudos ucranianos funcionan perfectamente como fuerzas delegadas y toda atrocidad rusa aboga ulteriormente por el cambio de régimen en Moscú. Aunque Zelensky ha argüido que salvar vidas es más importante que el territorio —«a fin de cuentas es solo territorio»—, expertos bélicos pro OTAN como Lawrence Freedman hablan de la necesidad de recuperar el Donbas, si no también Crimea¹⁷. En Europa, el precio de una guerra más larga ha sido reducido por ahora gracias al acuerdo logrado entre Biden y Scholz para garantizar el flujo de petróleo y gas rusos a los hogares y empresas alemanas. En Estados Unidos, los mayores precios del trigo beneficiarán al políticamente sensible Midwest. Las ciberoperaciones rusas no se han materializado hasta la fecha.

Los objetivos de la guerra señalados por Putin demuestran la misma combinación de elementos racionales y fantasiosos, que le impulsaron a iniciar el conflicto. Si Putin hubiera querido simplemente fortalecer la

¹⁶ Leon Panetta en Bloomberg TV: «It's a proxy war with Russia, whether we say so or not», 17 de marzo de 2022. Véase también Jeremy Scahill, «The US Has Its Own Agenda Against Russia», *The Intercept*, 1 de abril de 2022.

¹⁷ Entrevista de Zelensky en *The Economist*, 28 de marzo de 2022; Lawrence Freedman, «Peace in Ukraine will be elusive unless one side makes a breakthrough», *Financial Times*, 1 de abril de 2022.

necesidad de iniciar negociaciones serias sobre los límites futuros de las armas estadounidenses, una operación relámpago al estilo israelí contra la infraestructura militar que las potencias de la OTAN están construyendo en Ucrania hubiera bastado para enviar el mensaje, lo cual habría evitado las bajas civiles. Por el contrario, su movimiento inicial, fundamentado en un cambio de régimen provocado por una intervención relámpago respaldada por un despliegue apabullante y terrorífico de infantería, se basaba fatalmente en las fantasías del Servicio Federal de Seguridad ruso de una Ucrania inexistente. En estos momentos, Rusia parece que está intentando reagrupar sus fuerzas y protegerse, cercando una por una las desoladas ciudades del Donbas controladas por las fuerzas ucranianas. Al hacerlo, continua jugando en las manos de Washington.

Los materiales más concienzudamente críticos sobre la guerra –como el artículo escrito por Anatol Lieven y Keith Gessen, por ejemplo, así como algunos de los potentes trabajos experienciales escritos por el propio Gessen y sus colegas en la revista digital *n+1*– son más sensibles a la tragedia que este enorme ataque del chovinismo granruso está infligiendo sobre la vitalidad y la riqueza de la propia cultura rusa. Bombardear Járkov o, si llegara a suceder, Odessa en el nombre de la reunificación de las tierras rusas supone una parodia nihilista de las batallas libradas en estos mismos territorios durante la Segunda Guerra Mundial, todo lo cual resulta todavía más terrible porque los misiles son dirigidos contra la misma comunidad de afinidad cultural. Lieven ha ido más lejos que alguno de sus colegas del Quincy Institute al exigir un alto el fuego y un acuerdo negociado en el cual las sanciones serían levantadas y se acordaría un estatus de neutralidad para Ucrania. No hay signo alguno de que Biden esté dispuesto a conceder tal curso de acción.